



CAPÍTULO XIV

Prosigue la materia del anterior

SUMARIO

Artículo I.—La asistencia de los ángeles al Sacramento, prueba la veracidad de este Misterio.

1. Testimonios de los santos.—2.—El descuido de un diácono.—3. S. Eutimio.—4. La visión de la V. Oda.

Artículo II.—El olfato, el gusto y el tacto son testimonios de la existencia de Cristo en la Eucaristía.

1. La fragancia de la Eucaristía.—2.—La comunión de un enfermo.—3. Fr. Diego de Venecia.—4. La cristiana mujer.—5 y 6. S. Elceario y Santa María de Oignes.—7. La petición de un celebrante otorgada.—8. La comunión del judío.

Artículo III.—El firmamento con sus astros ha dado testimonio de la Eucaristía.

1. La narración del hebreo.—2. S. Coprete apostrofando al sol.—3. La cruz bajada del cielo.—4. El milagro de Santa María de Jesús, extramuros de Valencia.

Artículo IV.—La tierra y el lodo han dado testimonio del dogma Eucarístico.

1. La Hostia sobre el ladrillo.—2. El Sacramento en el lodo.—3. El monje de Filojeme.

Artículo V.—El mar y los peces confirmando el Sacramento del altar.

- 1, 2. La Hostia que salvó á los tripulantes.—3. La playa de Analfi.—4. El barranco de Carraixet.

Artículo VI.—El fuego ha corroborado el dogma de la Eucaristía.

1. Las llamas respetando á los comulgantes.—2. El prodigio de Amsterdam.—3. El de Faverney.

Artículo VII.—Los instrumentos músicos apoyando el dogma del Sacramento del Altar.

1. El clarín y las Hostias consagradas.

Contar los beneficios de Dios es alabar su bondad; referir sus obras es ensalzar su sabiduría; y celebrar sus maravillas es glorificar su omnipotencia. Por esto; ¿qué ca-

tólico habrá que no quiera desempeñar con placer semejantes cargos? Si, como dice el Pontífice Inocencio III, es indelible delicia para el alma enumerar los portentos del Altísimo, ¿qué cristiano, qué fervoroso hijo de la Iglesia no publicará las grandezas de su Dios, las magnificencias de su diestra, los prodigios de su terrible á la par que suave mano? Nada más glorioso, nada más santo para el hombre, después de amar á Dios, que hablar de las obras de este mismo Señor, que mostrar con generoso pecho, con ardoroso corazón, con humilde y rendida voluntad, sus eternas perfecciones y sus producciones espléndidas. Por esto, no debe extrañar al lector que sea algo difuso en la narración de los milagros obrados por la eterna Sabiduría en testimonio de la Eucaristía. Prosigamos, pues, su relación.

Artículo I.—La asistencia de los ángeles al Sacramento prueba la veracidad de este Misterio

1. S. Juan Crisóstomo (1) afirma que cuando el sacerdote celebra el santo Sacrificio, muchos ángeles sirven en el altar, y S. Gregorio Magno (2) añade que en la Misa, á la voz del sacerdote, se abren los cielos, y asisten los coros de los ángeles. Efectivamente, muchos cristianos y personas devotas han visto los espíritus celestiales en la Misa. Así, Santa Catalina de Bolonia y Sor Francisca de Santo Domingo contemplaban la presencia de los ángeles, que algunas veces ministraban al sacerdote en el Sacrificio.

2. Refiere Hugo de S. Víctor (3) que un diácono, llevando la Custodia del Sacramento, ya fuese por descuido ó porque tropezara con algún objeto, se le deslizó aquella de las manos, y fué visto que los ángeles la recibieron antes que llegase al suelo y la depositaron respetuosamente en el altar.

3. Á S. Eutimio, según él mismo contaba á sus amigos espirituales, le servían los ángeles en la Misa.

(1) De sacerdotio, lib. 6.

(2) Lib. IV, dialog., cap. 58.

(3) Tom. II, serm. 94.

4. Una venerable religiosa, llamada Oda, vió un día que un santo sacerdote, al tiempo de celebrar, fué cubierto con un ropaje celestial, y que en el acto de la elevación de la Hostia, dos ángeles, colocados á cada lado del altar, sostenían los brazos del sacerdote, le recogían las mangas y hacían genuflexiones con él.

Artículo II.—El olfato, el gusto y el tacto son excelentes testimonios de la existencia de Cristo en la Eucaristía

1. Guillermo, (1) obispo de París, refiere de un religioso lego de S. Bernardo, que siempre que estaba delante de la augusta Eucaristía, sentía un suave olor que no percibía en las demás ocasiones. Esta odorífera fragancia le despertaba tal deseo de comer de la misma Custodia, que en una ocasión llegó á ejecutarlo de la madera de un viril viejo en que había sido guardado el Santísimo Sacramento; y debido al referido perfume, sabía distinguir perfectamente los lugares por donde había pasado el Redentor Sacramentado.

2. Un bienaventurado religioso, llamado Fr. Pablo de Sevilla, hallándose en su última enfermedad, desprendía de la boca un hedor tan pestífero que nadie podía entrar en su celda; pero en el momento que Jesús Sacramentado entró en su boca, aquella celda, debido á la rica fragancia que emitía, parecía haberse convertido en vergel odorífero.

3. El Beato Fr. Diego de Venecia, devotísimo de la Eucaristía, sufrió en el pecho una horrible llaga por espacio de cuatro años, la cual debía naturalmente desprender un hedor intolerable. Sucedió empero, todo lo contrario; y después de muerto se advirtió que salía de su cuerpo tan exquisito aroma que podía confortar los desmayos.

4. Cesáreo refiere de una cristiana mujer, que el día que comulgaba no podía gustar de otros sabores materiales, pues las dulzuras de Jesucristo Sacramentado le llenaban y satisfacían el corazón.

5. Cuando comulgaba S. Elceario, pareciale que toma-

(1) Retórica divina, cap. 34.

ba un bocado de maná celestial, según refirió á su esposa Santa Delfina (1).

6. Jacobo (2) de Vitriaco cuenta de Santa María de Oignes, que en su última enfermedad únicamente podía tragar el Santísimo Viático, al paso que arrojaba inmediatamente los demás alimentos.

7. No debiera proferir una palabra respecto á que el tacto es una indefectible prueba de la real presencia de Cristo en la Eucaristía, porque este punto quedó demostrado ya en otros ejemplos anteriores; mas para insinuar algo aquí, ya que tratamos de este asunto en particular, referiré que cierto sacerdote deseaba fervorosamente ver á Cristo en la Eucaristía. Un día, después que dijo los Agnus, se arrodilló y pidió á Dios con gran instancia le concediese su petición. Apareciósele un ángel y le aseguró que vería pronto á Jesucristo. Levantóse el celebrante y contempló con los ojos corporales á un gracioso Niño que estaba sentado sobre la patena. Rogóle el ángel que tomase al Niño y le besara, lo cual ejecutó pronta y alegremente el sacerdote, quedando poco después el Niño transformado en la Hostia de antes.

8. Refiere Santo Tomás de Aquino (3) que, estando S. Basilio celebrando el Sacrificio de la Misa, había entre los cristianos asistentes un judío, el cual, como viera que aquellos se acercaban al altar para comulgar el Cuerpo de Cristo, y que lo que se les entregaba era un lindo Niño, se atrevió él también á practicar lo mismo. Tomó la santa Hostia pero notó que era verdadera carne. Guardóla; enseñóla á su mujer, y convirtiéndose ambos, recibieron el bautismo.

Artículo III.—El firmamento con sus astros ha dado testimonio de la Eucaristía

1. Siendo arzobispo de Valencia Santo Tomás de Villanueva le fué pasado recado de que fuera á visitar á un ju-

(1) Surio, tom. 5 á 27 Septiembre.

(2) Lib. 2, cap. 12.

(3) Opusc. 58, c. 11.

dío de nación que estaba gravemente enfermo. Estando el santo en casa del israelita, le contó éste la visión siguiente: «Siendo yo todavía joven, y caminando un día con un amigo, conferenciábamos sobre la venida del futuro Mesías y exclamábamos á menudo: Oh ¡cuán contentos estaríamos si tuviéramos la inefable dicha de ver á este Redentor de la humanidad! Esto íbamos diciendo entrada ya la noche, cuando he ahí que apareció un maravilloso resplandor en lo más alto del firmamento, como si el cielo se hubiera abierto. Nosotros nos arrodillamos en el suelo y, de conformidad con las creencias de nuestros mayores, comenzamos á pedir al Dios de Israel nos mostrase el tan suspirado Mesías. De repente vimos aparecer en medio del resplandor un cáliz con una hostia, de la propia manera que los cristianos pintan el Sacramento del Altar, y sentimos interiormente una voz que nos aseguraba que esta Hostia y este Cáliz son el Misterio del Mesías que confiesan los cristianos y que es el Redentor prometido. Confusos y amedrentados, pero convertidos, nos fuimos á nuestras casas y cuando tuvimos ocasión nos hicimos bautizar». Este prodigio es referido por el citado Santo (1).

2. El ermitaño S. Coprete conducía en una ocasión el sagrado Viático á un enfermo, súbdito suyo. Era la hora de ponerse el sol, y como le faltase todavía un trecho largo para llegar á la casa del doliente, puesta la confianza en Dios, y dirigiéndose al astro que preside el día, le dijo estas palabras: «En nombre de mi Señor Jesucristo te mando que te detengas en tu carrera hasta que termine yo el ministerio que estoy desempeñando». ¡Maravillas del Excelso! Quedó la tierra inmóvil, ó hizo Dios que así pareciese á todos los que observaban el prodigio, hasta que el santo religioso volvió á la iglesia de donde había partido. Espantados los vecinos del lugar, al ver al sol tanto tiempo en el mismo sitio, preguntaron al santo la causa, y éste les contestó:—¿No os acordáis de lo que dijo el Señor: «Si tuvie-

(1) Feria 2, de Corp. Christi.

reis fe como un grano de mostaza haréis mayores milagros que éstos»? (1).

3. El cielo ha confirmado con raras maravillas el dogma de la Eucaristía. Se refiere en las crónicas de Nuestro Padre S. Francisco, que un religioso menor, cuyo nombre se ignora, pero se sabe que era morador del convento de franciscanos de Guadalajara, donde se conservan los auténticos documentos, predicó en la mencionada ciudad, con ocasión en que el pueblo por faltarle el agua, salió en pública rogativa á la ermita de Nuestro Padre Santo Domingo. Concluidas por los ministros las ceremonias que se acostumbra practicar en semejantes ocasiones, salió el referido franciscano á la parte exterior de la ermita y pronunció un fervoroso sermón acerca de la real presencia de Nuestro Señor Jesucristo bajo los accidentes de pan y vino, quedando totalmente destruidas estas substancias por virtud de las palabras consagradorias. Predicó sobre este punto, porque la fe en aquellos tiempos estaba bastante decaída en algunos lugares, ya por el cisma de los tres pontífices que aun subsistía, ya por la herejía de los husitas que todo lo invadía, ora finalmente por los judíos tolerados, enemigos acérrimos de Jesucristo. En confirmación, pues, de la doctrina predicada, bajó repentinamente del cielo una cruz rodeada de gloria, que, colocándose sobre la cabeza del religioso, le servía de brillante diadema. Esta hermosa cruz era de proporciones admirables. Su altura era como de medio metro; su color blanquísimo como la nieve y tenía en el árbol como de relieve tres botones rojos, semejantes á los rubíes. Absortos ante una maravilla tan peregrina, que duró largas horas, confirmáronse muchos en la fe del dogma eucarístico; y para que el prodigio quedara notificado, se apresuró el pueblo á sacar copias de la esplendorosa cruz. No se contentó con esto el Padre de las misericordias, si que también quiso que sus humildes hijos obtuviesen lo que habían acabado de pedir. Á cuyo fin, empezó á cubrirse de nubes el cielo que momentos antes estaba sereno, y á poco rato

(1) In vitis Patrum.

llovió tan copiosamente que dejó beneficiada la tierra y contentos los moradores de la ciudad (1).

4. La tradición valentina (España) refiere que ciertos ladrones, rompiendo el tábernáculo del templo de Santa María de Jesús de PP. Franciscanos, extramuros de la mencionada ciudad, extrajeron el copón del Sacramento y lo llevaron consigo. Algunos religiosos que oyeron los golpes salieron inmediatamente á la calle mientras que los astutos caicos, dándose á la fuga, lograron apartarse totalmente de la vista de los religiosos. Como aquéllos no estaban seguros en el lugar que se habían refugiado, determinaron esconder el copón en las entrañas de la tierra, á fin de poder extraerlo de ella cuando no hubiese peligro de ser conocidos. Á pocos días, el dueño de la hermosa huerta en cuyo terreno estaba el copón, notó con admiración grande que las aguas de regadío seguían dirección contraria á la acostumbrada, esto es: hacia el lugar donde estaba el santo Sacramento. Los religiosos y transeuntes notaron, asimismo, por la noche, que muchas refulgentes estrellas descendían al mismo lugar, fenómeno que se repitió todas las noches hasta que fué hallado el copón. Corriendo por la ciudad el rumor de lo que pasaba, fué ésta á cerciorarse de la realidad de la noticia, y convencida del prodigio, ordenóse una solemnísimá procesión hacia el lugar de las maravillas, donde, cavando luego, encontraron el vaso sagrado que contenía las santas Hostias. Fueron devueltas á la Iglesia de Santa María de Jesús, y en el sitio que sucedió el prodigio fué construída una pequeña ermita, la cual se conserva aún en nuestros días (2).

Artículo IV.—La tierra y el lodo han dado testimonio del dogma eucarístico

1. En la Iglesia de Santa Columba de París estaba un sacerdote celebrando el santo sacrificio y se le cayó al suelo la santa Hostia. Recibióla el ladrillo con tanta reve-

(1) Cronica Seráf., Tom. V, lib. 3, cap. 13.

(2) Crónica Seráfica.

rencia, que en él quedó dibujada la Hostia, no sólo en su figura, sino hasta en sus más minuciosos detalles.

2. Llevaba un sacerdote el santo Viático á un enfermo, y al pasar por una calle en que había mucho lodo, resbaló y cayó en medio de él, desapareciendo la sagrada Hostia. Triste y lloroso el ministro de Dios, se arrodilló en el suelo, pidiendo al Señor se dignara mostrar su Sacramento; mas, viendo que no conseguía inmediatamente sus deseos, reiteró las súplicas, arrojándose él mismo en el lodo y diciendo á Dios: Oh buen Jesús, perdonadme mi pecado, que yo prometo no levantarme de aquí hasta que os halle. El Señor quiso escuchar la voz de su ministro. Inmediatamente apareció en medio del sucio barro una hermosísima planta, y en uno de sus tallos se destacaba, íntegra y blanquísima, la Hostia Divina. Los circunstantes se confirmaron en la fe y alabaron los beneficios del Altísimo (1).

3. Había en la ciudad de Dade (isla de Chipre) un monasterio llamado Filojeme, en el cual encontró S. Sofronio á un monje, natural de Melitene, que no cesaba de llorar amargamente. El santo y sus compañeros de viaje dijéronle que sosegase, pues Dios le consolaría. No accedió el monje, antes bien con gran sentimiento exclamó:—¿Cómo tengo de descansar pues soy pecador y más que todos los que ha habido en el mundo?—Replicáronle los huéspedes que ninguno, excepto Dios, se halla sin pecado, y al fin, si había cometido algún gravísimo delito, no se acobardara, porque si hacía penitencia, el Altísimo se lo perdonaría.—Verdaderamente, hermanos, contestó el afligido monje, no he hallado otro pecador como yo, ni se hallará mayor delito que el que yo cometí. Mas para que conozcáis que digo la verdad, oid mi gran pecado, con objeto de que roguéis á Dios por mí. Cuando vivía yo en el siglo era hereje severiano y me hallaba casado con una consorte que también profesaba mi secta. Al volver yo cierto día á mi casa hallé de falta á mi mujer y, preguntando donde estaba, me dijeron que se había

(1) Bleda.

ido al domicilio de la vecina para comulgar juntamente con ella la Hostia de los católicos. Al punto mandé llamarla, mas no haciendo caso de mis insinuaciones, yo mismo fui donde estaba, y, viendo que había comulgado, montado en furiosa cólera, le apreté la garganta y le hice arrojar la santa Hostia. Tomé después á Esta, y arrojándola á una y otra parte con indignación, vino á parar finalmente en el suelo. De repente apareció un gran resplandor que cubrió á la Hostia, la cual desapareció con él. Pasaron dos días y se me presentó cierto negro de horrible aspecto que me dijo: Tú y yo estamos condenados á un mismo tormento. É interrogándole yo, ¿quién era? Yo soy aquél, me dijo, que di un bofetón en la mejilla al Criador del mundo, cuando su Pasión. Desde aquel tiempo, añadió el monje, no he dejado jamás de llorar (1).

Artículo V.—El mar y los peces confirmando el Divino Sacramento del Altar.

1. Refiere S. Gregorio Magno que, viniendo de Constantinopla á Roma, le contaron el siguiente prodigio. Á unos amigos de los marineros con quienes el santo iba de viaje, les alcanzó en medio del mar una horrible tempestad de suerte que, llenándose de agua el barco, temían perder por instantes la vidas. Resolvieron confesarse todos y recibir la Divina Eucaristía. Efectivamente en aquellos tiempos de Fe era llevada la Sagrada Forma en las embarcaciones. Llenóse de agua enteramente el casco del navío y así navegaron nueve días sin experimentar ningún percance, al cabo de los cuales llegaron al puerto, y en el mismo momento en que tocaron tierra, se hundió el barco. El mar había respetado al Sacramento Divinísimo.

2. Un hermano de S. Ambrosio, llamado Satiro, fué preservado de un naufragio cierto, por llevar en su cuello la Hostia consagrada (2).

3. Nuestro Padre S. Francisco predicaba cierto día en

(1) S. Sofronio, Prado Espiritual.

(2) Lib. I, de Offic.

el púlpito de la Iglesia de Amalfi sobre la real presencia de Cristo Nuestro Señor en la Eucaristía, y los herejes mostrábanse duros á las razones que les aducía. Impulsado el seráfico fundador por el Espíritu divino, les dijo estas inesperadas palabras: «Puesto que no creéis en este prodigio de la Omnipotencia oculto á vuestros ojos corporales, aun habéis de ver otros prodigios grandes que os convencerán de ello. Venid conmigo, añadió, y quedaréis admirados de lo que váis á ver», y, bajando del púlpito, salió de la Iglesia seguido de un numeroso concurso de herejes. Al llegar á la playa de Amalfi, no muy distante del pueblo, dirigióse al mar y exclamó todo conmovido: «¡Peces del mar Tirreno! puesto que vosotros sois más gratos al Creador que estos herejes, dad testimonio de lo que predico para mayor gloria del Altísimo.» En el mismo momento salieron los peces á la orilla del mar, colocándose en ademán de oírle tan perfectamente, que no se ordenarían mejor por sí solos los que concurren á los espectáculos. En la primera fila inmediata á la playa, estaban los más pequeños, en la segunda se habían colocado los de mayores dimensiones y así sucesivamente se colocaron de menor á mayor, en las demás filas. Levantaban todos sus cabecitas en ademán de escuchar las palabras del santo, y reinaba al propio tiempo en ellos un silencio encantador. Luego que así se colocaron, dirigiéndoles Francisco la palabra del mismo modo que si hablara á los herejes, aunque éstos también le escuchaban, dijo: «¡Oh hermanos peces! cantad y alabad al Señor que os ha dado este anchuroso mar, con el fin de que viváis y os reproduzáis en su seno. Él os conservó en el diluvio para que vuestra especie no se acabara. Él os da el alimento necesario para vuestro sustento... Alabad y glorificad su santo nombre y predicad sus grandezas». Apenas hubo acabado de hacerles tan celestial oración, los pececitos, para manifestar el agradecimiento que tenían á su Criador, y asimismo, con objeto de confirmar la doctrina del santo, meneaban sus aletas, inclinaban á su modo sus cabecitas y, como si saltasen de alegría, bendecían á Dios. Por fin: des-

pués que S. Francisco conoció que aquellos empedernidos corazones estaban ya movidos por el milagro que acababan de presenciar, dió la bendición á los peces y se entraron éstos en su elemento. Muchos de los herejes pidieron perdón al santo y se unieron al gremio de la Iglesia (1).

4. Una sólida tradición de Alboraya, pueblo cercano á la ciudad de Valencia, recuerda que, pasando un sacerdote por el barranco Pedralvillo, vulgo de Carraixet, en ocasión que llevaba el Santísimo Sacramento por Viático á un enfermo, perdió el equilibrio y cayó al fondo, desapareciendo de sus manos la Eucaristía, aunque logrando él salir ileso. Triste por esta desgracia, fué al pueblo y, confiando en Dios, tomó otro copón y se dirigió de nuevo á la orilla del barranco, donde, ¡oh maravilla del Altísimo! salieron varios pececitos, ostentando cada uno en su boca una Hostia, y, acercándose el sacerdote, ellos mismos la depositaron en el sagrado vaso. Sucedió este prodigio en Julio de 1348.

Artículo VI.—El fuego ha corroborado el dogma de la Eucaristía

1. Poco después de los principios de la Iglesia sucedieron dos famosísimos milagros en dos niños judíos que, habiendo recibido la Comunión en la Iglesia de los católicos, fueron azotados por sus propios padres y arrojados en un horno de fuego ardiendo, cuyas llamas respetaron á los parvulillos, debido á la Sagrada Eucaristía que habían comulgado.

2. En 1445 sucedió en Amsterdam que un enfermo, á causa de los continuos vómitos que padecía, arrojó de su boca la sagrada Hostia, la cual, echada al fuego, permaneció ilesa. Después se veía en ella la imagen de Nuestro Señor Jesucristo resucitado, con un pie sobre el sepulcro y el otro dentro de él. Sucedió más tarde, que, declarándose un incendio en la iglesia, se redujo ésta á cenizas, menos la Sagrada Hostia y la arquilla dentro de la cual se contenía (2).

(1) Vida del Santo.

(2) Molanus natal. SS. Belgii, 16 mart.

3. Otro prodigio (1) semejante tuvo lugar el 25 de Mayo de 1608, en la iglesia abacial de Faverney, diócesis de Besançon. Habían concurrido muchísimos fieles al mencionado templo con objeto de lucrar la indulgencia que los Sumos Pontífices concedieron para la fiesta de Pentecostés. Los Benedictinos colocaron dos Hostias en la Custodia de plata para exponerlas á la adoración pública. Obtenido el objeto, se declaró luego un terrible incendio que consumió no sólo el altar, sino también la sabanilla de éste, el tabernáculo, los ornamentos y los tapices, quedando ilesa entre tantos objetos sólo la referida Custodia. Ésta para mayor milagro, quedó suspendida en el aire, subsistiendo así durante 33 horas consecutivas, con admiración grande de unas 10.000 personas que acudieron al santuario para presenciar el prodigio. Como las noticias toman pronto incremento, particularmente si son extraordinarias, aconteció que de la Borgoña y otros lugares se agolparon en Faverney para ver el milagro 200.000 personas, además de las mencionadas. Transcurrieron tres días en los que la sagrada Hostia estuvo suspendida en el aire, al cabo de los cuales, celebrándose Misa en el mismo templo, al llegar el momento de alzar la sagrada Hostia, bajó la milagrosa Custodia y se colocó encima de un misal preparado de antemano sobre un corporal limpísimo. Entonces prorrumpieron á grandes voces todos los concurrentes como si estuviesen en la plaza. El arzobispo de Besançon, habiendo oído á los testigos, y examinado el prodigio, lo declaró por milagroso; y el papa Paulo V expidió con este motivo una bula. Para perpetua memoria de este suceso, todos los años se hace en Faverney especial conmemoración.

Otros cuatro milagros portentosos registran los autores que se ocupan de esta materia; ocurrido el primero en una villa de Francia, cerca del río Matrona; el segundo en Agua Viva, del reino de Aragón; el tercero en Paracuellos de Gíloca, obispado de Tarazona y el cuarto en la iglesia parro-

(1) Casanueva, Catecismo de ejemp. Eucarist., pag. 335.—Alápide.

quial Tuitrense. En todos estos milagrosos sucesos quedaron íntegras las Hostias consagradas, y por ellos confirmáronse en la fe los espectadores.

Artículo VII.—Los instrumentos músicos apoyando el dogma del Sacramento del Altar

1. En la villa de Cracovia, provincia de Mecklemburgo (Alemania) unos perversos judíos, para satisfacer su satánico odio contra Jesucristo, robaron un copón con las sagradas Formas. Para conseguir aquel objeto retorcieron algunas hostias, á otras mordieron ó despedazaron con los dientes, acocearon otras y las restantes las desparramaron por el camino, con objeto de que las pisaran los fieles. Notificáronse esta suerte de sacrilegios al cabildo de Gustrow, el cual ordenó, que, ayunando el clero, pidiese con humildad y confianza á Dios el hallazgo del Santísimo Sacramento. Sin embargo, antes de obtener la petición, pudieron averiguar quiénes eran los fautores de tanto crimen. Halláronlos: y, confesando éstos sus propias maldades é, indicando el lugar donde habían arrojado las sagradas Hostias, fueron en busca de las mismas, el clero y el pueblo. Pero, ¿quién las podía encontrar todas? Los que por allí habían transitado, el viento, el polvo del camino, eran más que suficientes para hacerlas desaparecer. No obstante, con la confianza en el Señor y por inspiración suya, cogieron un clarín y al hacer vibrar su hermosa voz aparecían las santas Hostias. Multiplicábanse los prodigios y á su vista crecía la concurrencia que bendijo al Altísimo. Reconocidos á tanta maravilla los ciudadanos de aquel lugar, construyeron una capilla en honor y testimonio de la Eucaristía. Los autores de tanta perfidia murieron en especiales tormentos.



CAPÍTULO XV

Continúa el asunto de los dos capítulos anteriores, juntamente con la inclusión de algunos otros diversos prodigios

SUMARIO

Artículo I.—Los animales irracionales confirmando la Eucaristía.

1. La ovejita de S. Francisco.—2. La custodia de Oliva, encontrada por el labrador.—3. La Hostia sobre el heno.—4. La Eucaristía arrojada al jumento.—5. Los bueyes postrados ante el Sacramento.—6. El pastor indiscreto.

Artículo II.—Las aves y las abejas adorando la Eucaristía.

1. Las abejas en derredor del Sacramento.—2. El Sacramento en la colmena.—3. El colmenero extasiado.—4. El Beato Nicolás Factor y las avecillas.

Artículo III.—Las inmóviles efigies publicando el dogma Eucarístico.

1. La imagen del Niño Jesús, de Alcoy.

Artículo IV.—El viento ha reconocido el Misterio de la Eucaristía.

1. El robo sacrilego de Turín.—2. El Beato Nicolás Factor en la procesión del Corpus, de Chelva.

Artículo V.—Los muertos han testificado ser positivo el dogma del Sacramento del Altar.

1. La confesión del monje Pelagio.—2. Las señoras enterradas.—3. Los difuntos del Convento de la Murta.—4. El aparecido en Alesio.

Artículo VI.—Los mismos espíritus malos han asentido al dogma de la Eucaristía.

1. Los raros jóvenes catalanes.—2. Los demonios en hábito dominicano.—3. La posesa.

Artículo VII.—La salud lograda mediante el Santísimo Sacramento, es prueba evidente de la veracidad de este Misterio.

1. El milagro de la Rochela.—2. Santa Catalina de Génova.—3. Un prodigio durante la procesión del Corpus en Bruselas.